

exagerado: las medidas que se dan de la Giralda son 114 metros, esto es, 360 pies. (1) Según este cálculo, debía haber tenido cada grada tres pies ó casi un metro de altura.

Por algunos detalles que encontramos en la Crónica de Tezozomoc y en las relaciones de los conquistadores, nos podemos formar una idea respecto á la superficie que ocupaba la pirámide. Tezozomoc (2) asegura que los arquitectos del primer Motecuhçoma se resolvieron, al poner los cimientos del nuevo templo, en darle á éste una longitud de 125 varas. Tomando la vara común por tres pies, se obtiene un cuadrado de 375 pies. Esto se aviene bastante bien con las noticias que Bernal Díaz nos dió del tamaño del templo mayor de la ciudad hermana de Tlatelolco, que según parece se asemejaba en todo al templo principal de México. Díaz dice que la superficie ocupada por la pirámide de Tlatelolco medía como seis solares grandes. Sabemos por las Actas de Cabildo de la ciudad de México, que un solar pequeño se componía de un cuadro de 141 pies de longitud, y un solar grande y normal de 150 pies. (3) Seis de estos solares representan una superficie de 135,000 pies cuadrados, que corresponden exactamente á un cuadrado de 3,675 pies por lado.

La pirámide se dividía en cinco partes, según nos informa Cortés en sus Cartas (4) y Bernal Díaz en su Historia verdadera. (5) A cada dos partes había una plataforma de un paso de ancho, y aquella se extendía por todo el rededor de la pirámide. Estas secciones y las plataformas asumieron cierta importancia durante una de las fases del combate entre mexicanos y españoles. Al regresar Cortés de su expedición contra Pánfilo de Narvaez, se levantaron los mexicanos en masa contra los blancos, poniéndole sitio á su cuartel. Cansado Cortés de soportar este asedio emprendió al cuarto día una salida con el fin de abrirse paso. Los españoles avanzaron cubiertos por unas máquinas movibles de madera; mas fueron rechazados por el enemigo, y los mexicanos llegaron hasta la entrada del palacio fortificado, ocupado por los primeros. Para molestar más á los españoles, que estaban al abrigo de los muros de aquél, subieron unos quinientos guerreros mexicanos á las plataformas de la pirámide del templo, que se encontraba cerca del cuartel español, y con sus saetas inundaron los patios descubiertos del alojamiento, dirigiendo sus tiros desde lo alto de ella. La situación era crítica; mas Cortés, debido á su valor personal, inclinó la suerte del combate á su favor. Se mandó atar á su brazo izquierdo herido la rodela, y en unión de unos pocos compañeros asaltó y tomó á viva fuerza aquella pirámide. Entonces tuvo lugar un combate corto, pero sangriento, y los mexicanos fueron arrojados de la plataforma, viéndose obligados á fugarse por aquellas, deslizándose por las paredes de la pirámide. En la relación azteca que se refiere á estos combates se dice, en el libro duodécimo de Sahagún, lo siguiente: «*auh in tiacavan niemen ie ic valmotepeoa in illa mamatlaioc teucalli, iuhquin tlilazcatl valmotepeoa:*» «y los caciques brincan por todos lados á las plataformas de la pirámide del templo; pareciendo á hormigas negras se descuelgan por todas partes.» En estas estrechas plataformas murieron quinientos de aquellos valientes, después de una lucha que duró algunas horas.

En nuestra lámina no se distinguen estas plataformas: sólo notamos las dos escaleras que conducían por el lado sur á la plataforma de la pirámide; pero sí vemos los dos santuarios. Se notan las dos puertas con sus dinteles y pilares laterales; todo esto hecho de madera, é indicado por el color rojo, con el cual se pintaban las made-

(1) Cartas, pág. 106.

(2) Crónica Mexicana, cap. 37.

(3) Actas de Cabildo, 9 de Febrero de 1527. Véase Joaquín García Icazbalceta, Obras, I, 419-421.

(4) Cartas, pág. 131.

(5) Cap. 92.



ras frecuentemente. Lo que observamos en medio de cada una de las puertas como otras dos entradas pequeñas y oscuras, son indudablemente las piedras de sacrificio (*techcall*) que se hallaban en el borde de la escalera y á la entrada de los santuarios. Las cornisas de éstos están ornamentadas de una manera diferente, según se ve en nuestro grabado. El santuario de la izquierda del lector lo tomamos, sin vacilar, por el del dios de las lluvias, *Tlaloc*, y está adornado con cuatro tableros verticales azules, símbolo de las lluvias que vienen de los cuatro vientos cardinales. De igual manera está indicado en el Calendario ritual del «Códice Borbónico» el templo del dios de las lluvias, con una cornisa de cuatro cuadros de un color azul. El santuario á la derecha del espectador debe ser el del dios nacional, el del belicoso *Uitzilopochtli*, representado con una ornamentación de discos blancos sobre un fondo negro, que significaba en la pintura figurativa de los mexicanos al «cielo estrellado.» Parece que estas ornamentaciones representadas en la cornisa fueron muy apreciadas por los mexicanos, pues las mismas se ven también en los restos del antiguo palacio de *Huexolla*, cerca de Tezcoco. Estas ornamentaciones se hacían de un modo bastante sencillo: unas piedras cuneiformes se incrustaban en capas de argamasa, teniendo aquellas en el vértice una especie de bola. Se cuidaba que las piedras sobresalieran de las capas de cemento. En los edificios destinados al culto se reemplazaban aquellas piedras con las calaveras de los sacrificados.

Las dos figuras marcadas en nuestro grabado con las letras *b* y *m*, y que están á los lados del templo principal, se apellidan *macuil cuetzpalli*, «cinco lagartija,» y *macuil calli*, «cinco casa,» según se desprende de los jeroglíficos que están junto á ellas. Estos nombres significan ciertos días del Calendario, pero en algunas comarcas se designaba con ellos también á las personas que habían nacido en aquellos días. Lo mismo sucedía con los dioses, adoptándose cierto día por el del natalicio de aquél, ó un día que correspondía á la índole de la divinidad.

El numeral cinco, *macuilli*, y los días que llevaban este numeral, como *macuil cuetzpalli* cinco lagartija, *macuil cozcaquauhli* cinco buitre, *macuil tochtli* cinco conejo, *macuil xochitl* cinco flor, *macuil malinalli* cinco escoba, corresponden en la división arreglada en cinco partes, de las columnas del calendario ó *Tonalamatl*, al cuarto, es decir, á la dirección del *sur*, y significaba á ciertas divinidades. El prototipo de éstas es *macuil xochitl*, que representaba á los dioses de las festividades y de los placeres, á la música, al baile y al juego. La particularidad común de estas divinidades es la representación de ellas por la figura del *Coxcoxtili* (especie de faisán), un ave con un copete de plumas que cantaba al amanecer; los mexicanos acostumbraban representar á esta ave conteniendo en su pico abierto á las caras de los dioses. Así vemos representado al dios *macuil xochitl* en una figura de barro pintado que adquirimos en Teotitlán del Camino y que se encuentra dibujada en la última lámina de mi obra: «*Las pinturas murales de los palacios de Mitla.*» Con frecuencia resta de toda la cabeza del ave solamente el copete y un par de rosetas adornadas con unas cintas colgantes, indicando con esto los ojos y las alas del ave. A veces existe una simple indicación de aquel pájaro. En el Museo Imperial y Real de la Corte se encuentra una serie de esculturas grandes y pequeñas, un cuadro de madera y una figurita de barro, y todos estos objetos nos presentan á aquel dios en la misma forma. De una manera idéntica están representadas las dos figuras *macuil cuetzpalli* y *macuil calli* en nuestra lámina I. Otra particularidad de las divinidades de esta clase consiste en un dibujo blanco al rededor de la boca, asemejándose á veces á los contornos de una mariposa ó de una mano humana: está ligeramente marcado en las dos figuras antedichas. Con claridad nos salta á la vista el símbolo que portan en sus manos: éste es el *Yollo-topilli*, «el bastón con el corazón.» En el manuscrito de Saha-

gún y en el capítulo que trata de los trajes de los dioses se ve representado el dios *macuil xochitl* teniendo en la mano aquel distintivo.

Representan aquí las dos figuras sentadas á aquellas que estaban colocadas, según sabemos por la descripción del P. Durán, (1) en la plataforma del templo principal y en la parte superior de las escaleras. Las figuras servían para sostener los pendones de pluma que se desplegaban en las festividades del dios, anunciando de esta manera la fiesta. (2) No es inverosímil que la figura de piedra que se conoce en México con el nombre de *Indio triste*, (fig. 1) y que se encontró á fines del siglo diez y ocho en terrenos del mayorazgo de la familia Mota, y por lo cual aún se llama la calle cercana *calle del Indio triste*, sea uno de los dos portadores de pendones, y que esta figura se encontrara antes en la plataforma superior de la gran pirámide.

El plano nos muestra un edificio marcado con la letra *k*, y éste se puede identificar, sin duda alguna, con aquel que designamos en el texto con el nombre de *Colhuacan teocalli*, «templo de Colhuacán.» Colhuacán es el nombre de un pequeño pueblo situado á la parte noroeste de la laguna de Xochimilco, á la distancia de dos leguas de la ciudad de México, y á la vez también una habitación primitiva de los aztecas. En este lugar (*Colhuacan*) situado en la margen opuesta del lago que atravesaron los mexicanos, encontraron ellos, según la leyenda, á las tribus sus parientes; á los *nahuatlacas*, y recibieron allí mismo á su dios *Uitzilopochtli*. En el edificio marcado con la letra *k* vemos á la entrada la efigie del dios *Uitzilopochtli* que lleva en la mano al *Xiuhatlal*, amiento azul adornado con turquesas, que remataba con una cabeza de culebra; á sus espaldas se mira una cabeza de ave: todo esto significaba, sin duda alguna, á un colibrí (*uitsitzilin*), que era el símbolo (*nahualli*) de este dios; y no debemos titubear en asegurar que este edificio *k* representaba al templo *Colhuacan*, al templo antiguo de *Uitzilopochtli*. El templo antiguo se substituyó en el reinado del quinto rey mexicano, *Moctecuhçoma Ilhuicamina*, con la nueva construcción de la gran pirámide.

Por el lado frontero del templo principal están indicados en nuestro plano, en una sola línea, tres edificios que sin duda se seguían en esa forma, desde la entrada principal del patio del templo hasta la escalera que conducía á la pirámide. Estos edificios eran: *b*, *quauhxicalli*, «el vaso del águila;» *g*, *tzompantli*, «la plataforma de las calaveras,» y *f*, *teotlachtli*, «el juego de la pelota del dios.»

*Quauhxicalli*, «el vaso del águila,» era el nombre con el cual se denominaba á el recipiente destinado á contener la sangre de las víctimas que eran sacrificadas en honor de sus dioses. Para esto se empleaban unas vasijas de piedra, más ó menos valiosas y adornadas en los bordes con las plumas del águila, labradas en relieve; por la parte interior, en el fondo de la vasija, se veía la imagen del sol, y en la parte de afuera, hacia abajo, la efigie de la rana terrestre, la cual llevaba en el hocico un cuchillo de



FIG. 1.

(1) Tratado 2º, cap. 2.

(2) Compárese el Códice de la Biblioteca Nacional de Florencia, plancha 58.



pedra: este último era el símbolo del sol naciente. (1) Para las proporciones modestas de una comunidad pequeña, y en las cuales se verificaban pocos sacrificios humanos, bastaban unos *cuauhxicalli* de pequeñas dimensiones. Aún se conservan ejemplares de éstos: en el Museo Etnográfico de Berlín existe uno, y otro en el Museo Imperial y Real de Ciencias Naturales de Viena. Este ejemplar procede de la colección «Becker.» Los templos principales los necesitaban de mayores dimensiones. El vaso no se llevaba como antes á la presencia del ídolo, sino que se le designaba un sitio especial en las inmediaciones de la subida principal del templo. De estos *quauhxicalli* grandes se conservan también algunos. En los «Anales del Museo Nacional de México» (2) describió y dibujó el Sr. Jesús Sánchez dos *quauhxicalli* que se conservan en ese Museo. Es probable que la gran piedra en forma de disco que vió el P. Durán cerca de la puerta principal de la Catedral de México y hacia el Occidente, (3) se empleara como *quauhxicalli* en el templo principal. La piedra fué enterrada y nuevamente encontrada en 17 de Diciembre de 1791, al hacerce un empedrado en la Plaza Mayor. (4) Esta piedra está, como se sabe, adornada por la parte superior con la efigie del sol, y en la superficie cilíndrica, con unos grupos de guerreros que llevan á un prisionero afianzado por el copete. Una pequeña cavidad en forma de vaso y situada en el centro de la efigie del sol, caracteriza á esta piedra como vasija, *xicalli*. Los guerreros son los águilas (*quauhtin*). La piedra se conoce bajo el nombre de «Piedra de Tíococ,» porque el jefe de los grupos de guerreros lleva adjunto el jeroglífico de aquel rey.

No es visible aquella piedra por su parte inferior. En nuestra lámina se miran partes del terraplén en donde estaba colocada. El sitio está, además, marcado por la figura de un sacerdote con sus paramentos sacerdotales, llevando en las espaldas una bolsa con tabaco (*yequachtli*), en la mano izquierda otra con copal (*copalxiquipilli*), y en la derecha un zahumador (*tlemail*): en él se ven brasas candentes sobre las cuales se quemaba el *copalli*. El *quauhxicalli* era el sitio donde acostumbraban los sacerdotes ofrecer incienso al dios.

Era el *tzompantli* un edificio construído sobre estacas con travesaños y encima de una plataforma larga, angosta y sesgada. Los cráneos perforados por las sienas se colocaban sobre estos travesaños. En el plano está marcado este sitio con la letra *g*. Es de presumirse que en el recinto del templo principal existieran varias de estas construcciones. El que está aquí representado es naturalmente el *Ueitzompantli*, el gran edificio de las calaveras, que existía, según dice Sahagún al principio del libro segundo, enfrente del gran templo de *Uitzilopochtli*; sobre éste se colocaban los cráneos de los sacrificados en la fiesta principal de aquel dios, es decir, en la llamada *Panquetzaliztli*. De la descripción hecha por Durán se llega á la conclusión de que este *tzompantli* se encontraba fuera del muro que cercaba al templo principal; y el historiador Veytia fué de la misma opinión. Nuestro plano se opone á tal aserto, que no es de aceptarse por las razones siguientes.

Al verificarse la fiesta principal de *Uitzilopochtli*, la de *Panquetzaliztli*, se colocaban los prisioneros al pie del terraplén sobre el cual descansaba aquel tablado. En seguida se presentaba *Painal*, «el solcito veloz,» el precursor de *Uitzilopochtli*, con el ídolo de aquel dios en las manos. *Painal* subía las grádas que conducían al

(1) Véanse mis disertaciones en el «Ethnologisches Notizblatt» «Hoja de noticias etnológicas,» tomo 2º, cuaderno 1º, pág. 14.

(2) Tomo III, pág. 134 y 296.

(3) Durán, Tratado 2º, cap. 4º y 9º.

(4) Gama, Las dos Piedras, II, 46.

*cuauhxicalli*, y bajándose por el otro lado ascendía al *tzompantli*, adonde se encontraban las víctimas destinadas para el sacrificio.

A cada prisionero conducía el *Painal*, uno por uno, al lugar del sacrificio, después de haberles enseñado el ídolo. Así lo relata el P. Durán en aquel ya tantas veces citado capítulo, en el cual trata del templo principal de México. La descripción no deja la menor duda sobre el sitio de la pirámide del templo, del *quauhxicalli* y *tzompantli*, y prueba que en los lugares designados en el plano con las letras *b* y *g* se encontraban, efectivamente, éstos. El mismo orden de *tzompantli*, *cuauhxicalli* y *teocalli* se sigue en las escenas de las ofrendas, del manuscrito de Sahagún que se conserva en la Biblioteca del Palacio de Madrid. En este manuscrito se da la explicación de las diez y ocho fiestas del año.

Se daba el nombre de *tlachtli* al sitio donde se jugaba á la pelota: este juego no se ejecutaba con las manos sino con las caderas, y era una diversión de los grandes señores, y por consiguiente, necesitaban también los dioses de un *teotlachtli*. La forma de el sitio de un juego de pelota es conocida por las noticias de los historiadores y los jeroglíficos de las ciudades que tienen la sílaba *tlach* en su nombre, y además por los restos de esas construcciones que se encuentran en las ruinas antiguas. No hay duda que en el lugar *f* de nuestro plano existía el *teo-tlachtli*.

Tocante á los otros edificios marcados en el plano seré más breve. En el lugar marcado con la letra *c* se debe buscar el *calmecatl*, «la casa de los sacerdotes,» como dice el texto. De la puerta de este edificio van las huellas de unas plantas humanas al *quauhxicalli*, adonde vemos al sacerdote ofrecer el *copalli*. Las casas de los sacerdotes eran probablemente un conjunto de habitaciones, una al lado de la otra. Esto lo afirma Cortés en su segunda carta, diciendo que á lo largo de la muralla había, por el lado interior, unas habitaciones, unas salas grandes y unos corredores, y que éstas eran la morada de los sacerdotes. Finalmente: se comprueba esto con el mismo nombre de *Calmecatl*, que se puede traducir por «la línea de casas,» ó «casas alineadas.» Por este motivo presenta nuestra lámina en el edificio *c* dos puertas que están juntas.

No me atrevo á identificar con igual certeza el edificio marcado en el plano con la letra *e*, con el *cauhcalli* del texto. Sin embargo, puedo citar algunos hechos que hablan en favor de aquella identificación. *Quauhcalli* significa «la casa del águila,» ó «la casa de los guerreros,» pero puede también significar «la casa del sol,» ó «el templo del sol.» El sol era el *Quauhileuatl* ó *Quauhileauitl*: «el águila que asciende.» Sabemos por el P. Durán (1) que en el templo del sol había un aposento al cual se subía ascendiendo por unas 40 gradas; en este aposento colgaba de la pared un cuadro del sol, pintado sobre un lienzo, y el aposento se llamaba *Quaquauhtinchan*: «la casa de los águilas.» En el tiempo que escribía el P. Durán estaba situado aquel templo del sol en el sitio donde se edificó la Catedral de México. Como veremos adelante su ubicación era el ángulo suroeste del antiguo recinto del templo, y precisamente en el sitio en el cual está dibujado en nuestro plano el *quauhcalli*. Además: dice Durán que este templo del sol colindaba con el patio y en este último se encontraban juntas las piedras en forma de disco, es decir, el *cuauhxicalli* y el *temalacatl*. Ambas piedras descansaban sobre un basamento y se podía subir á ellas por los cuatro lados. En el fondo del mismo patio estaba el *Yopico teocalli*, el templo de *Xipe*. Esta descripción adolece de cierta obscuridad; pero podemos suponer que nuestra autoridad, Durán, tendría en cuenta el sitio donde estaba el gran *quauhxicalli*, del cual no estaría muy lejos, como veremos, el *temalacatl*. El de éste

(1) Tratado 2º, cap. 10.